

James Agee y Walker Evans
Elogiemos ahora
a hombres famosos

Traducción de Pilar Giralt Gorina

 Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Let Us Now Praise Famous Men*

© The James Agee Trust, 1989

All rights reserved

© Walker Evans, 1960, 1969

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo y propiedad de la traducción:

© Editorial Seix Barral, S. A., 1993

© Editorial Planeta, S. A., 2008

BackList, Barcelona, 2008

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: marzo de 2008

Depósito legal: M. 4.048-2008

ISBN 978-84-08-07826-5

Preimpresión: Foinsa-Edifilm, S. L.

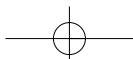
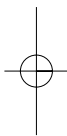
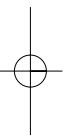
Impresión y encuadernación: Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

*A aquellos cuya historia hemos contado,
con gratitud y amor.*

J. A.

W. E.



PRÓLOGO

JAMES AGEE EN 1936

por Walker Evans

Por aquel entonces, Agee tenía veintisiete años juveniles. Creo que se sentía esmeradamente camuflado, pero lo primero que uno veía —por desgracia para la conspiración— era un leve roce de Harvard y Exeter, un indicio de dignidad familiar y un ápice de idealismo romántico. Se le podía tomar por un agradable joven norteamericano, un producto superior al mediano de la Gran Democracia de cualquier parte del país. No tenía mucho aspecto de poeta, intelectual, artista o cristiano, todo lo cual era. Tampoco había ningún signo exterior de su cólera paralizante y autoflageladora. Su voz era marcadamente tranquila y grave, aunque no de tono «cultivado». Daba la impresión de timidez, pero nunca de debilidad. Su acento era más o menos ilocalizable y un poco variable. Por ejemplo, en Alabama se desviaba hacia el sureño rural, y puedo decir que convencía con él a las familias granjeras y a sí mismo.

Su ropa era deliberadamente barata, no sólo porque era pobre sino porque quería olvidarse de ella. Conseguía que un traje se le amoldase a la perfección mediante el sencillo método de no quitárselo a menudo. A su debido tiempo, la tela se adaptaba a su esqueleto. La limpieza y el planchado habrían dado al tras-

te con este bello proceso. Exagero, pero a veces parecía de verdad que el viento, la lluvia, el trabajo y la burla eran sus sastres. Por otra parte, sentía que llevar ropa buena y cara le implicaba en una especie de pretensión de superioridad social. En esto confundía de vez en cuando su propósito y caía en un dandismo invertido conscientemente cómico. Le divertían más unas zapatillas de saldo y una gorra de mala calidad que a un dandy auténtico los zapatos Peal de becerro encerado y un cepillado bombín de Lock & Co.

Físicamente, Agee era muy corpulento, a la manera engañosa de los hombres vigorosos con discreción. Le faltaba gracia en los movimientos. Sus manos eran grandes, largas, huesudas, ligeras y descuidadas. Sus gestos eran una de sus cosas memorables. Parecía modelar, combatir y acariciar sus frases mientras hablaba. El lenguaje, a fin de cuentas, era su principal característica. Hablaba su prosa, la prosa Agee. No podía llamarse un estilo del siglo xx; tenía matices isabelinos. Y no obstante, su contenido era contemporáneo y de extraordinaria actualidad. Fluía tal como se lee; pero él lo hacía sonar natural... algo que estaba en el aire como cualquier otra parte del mundo. Cómo lo hacía, nadie lo sabe. Uno podría haber pestañeado, bostezado y muy probablemente huido de este mismo lenguaje pronunciado sin su misteriosa habilidad. No era una cuestión de exhibición ni algo inspirado necesariamente por la botella. Brotaba de la energía pura de la imaginación. Acompañada por la energía física. No pocos hombres y mujeres se durmieron, exhaustos, a las cuatro de la madrugada en medio de una notable actuación de Agee, y se enteraron después de que el hombre había continuado en otro lugar hasta las seis. Como muchos escritores natos que flotan en la amplitud ilusoria de su juventud, Agee escribió mucho en el aire. Uno sentía con frecuencia el impulso de amordazarle y atarle una pluma a la mano. No hacía falta; era una excepción entre los escritores locuaces. Escribía... devota e incesantemente.

La noche era su hora. En Alabama trabajaba hasta muy tarde, no sé hasta cuándo. Algunas partes de *Elogiemos ahora a hombres famosos* se leen como si hubieran sido escritas de un tirón a horas nocturnas. Después, en una pequeña casa de Frenchtown, Nueva Jersey, creo que escribió la obra casi siempre de noche. Literalmente, el resultado demuestra que algunas partes se leen mejor por la noche, a altas horas de la noche. El primer pasaje de «Una carta del campo» (p. 71) está particularmente impregnado de noche.

Agee trabajaba en una especie de frenesí y arrebato. En Alabama estaba poseído por la tarea y la comprimía toda en los días y las noches. Seguramente no dormía. Necesitaba ver todo cuanto podía de la vida cotidiana de las familias, que se iniciaba, como es natural, al amanecer. En cierto modo, las condiciones eran ideales allí. Podía vivir dentro del tema, sin distracciones. En realidad, la vida mísera y aislada del campo no le era muy ajena. La llevaba un poco en la sangre, a través de unos parientes de Tennessee. De todos modos, huía de las oficinas editoriales de las revistas neoyorquinas, de las veladas sociointelectuales de Greenwich Village y, en especial, de todo el mundo cultural arrogante, bien educado y adinerado, ya fuese autoritario o libertario. En Alabama sudaba y arañaba con alegría sumergida. Las familias comprendían lo que había ido a hacer allí. Se lo había explicado de un modo que les incitó a interesarse por *su* trabajo. No estaba jugando. Por eso al final prescindió de ciertos pasajes ya terminados, que eran entretenidos pero tenían un regusto ácido. Uno de ellos era un largo aparte, de comicidad gradual, sobre el tema de las gallinas. Era una pieza de virtuoso intensificada por alegorías y pasmada ante el error patético.

Se ganó a casi todos los miembros de aquellas familias —quizá demasiado—, aunque algunos individuos eran tenaces, resentidos y maliciosos. Probablemente fue su timidez lo que les conquistó. Aquella falta de seguridad se debía, creo yo, a la educa-

ción muy anglicana de su infancia. Su cristianismo —si un extraño puede intentar hablar de él— era un vestigio pinchado y residual, pero, aun así, una emoción pura y enraizada. Era una cuestión ex religiosa, o no religiosa, y apenas se notaba. Todo lo que dejaba traslucir era una cortesía innata, una cortesía rústica que emanaba de él hacia todo el mundo, excepto, tal vez, los ricos presumidos, los remilgados pretenciosos y la policía. Al cabo de un tiempo uno descubría de forma indirecta que para él los seres humanos eran, por lo menos posiblemente, inmortales y literalmente almas sagradas.

Los días con las familias tuvieron un final súbito. Su verdadero contenido y significado ha sido revelado en su totalidad. La prosa que indujeron es, entre otras cosas, el reflejo de una rebelión privada y firme. La rebelión de Agee fue insaciable, lacerante para él, basada en hondos principios, infinitamente costosa y, finalmente, inestimable.

Nueva York, 1960

PREFACIO

(Se aconseja a los lectores serios que pasen al libro propiamente dicho después de terminar la primera parte del Prefacio. Un regreso posterior no les causará ningún daño.)

Durante julio y agosto de 1936, Walker Evans y yo viajábamos por el medio sur de esta nación, ocupados en lo que ya desde el principio me pareció un trabajo bastante curioso. Nuestro cometido era preparar para una revista neoyorquina¹ un artículo sobre los arrendatarios del algodón en Estados Unidos, en forma de documento fotográfico y verbal, acerca de la vida y del ambiente cotidianos de una familia media de granjeros de raza blanca. Primero teníamos que encontrar y vivir con una familia de estas características; tal era el objeto de nuestro viaje.

No encontramos ninguna familia que pudiera representar con justicia por sí sola a la totalidad de arrendatarios de la región, pero decidimos que, juntando a las tres que habíamos llegado a conocer, podríamos realizar nuestro trabajo con la documentación adecuada. Con la más representativa de las tres vivimos algo menos de cuatro semanas, viéndolas a todas de un modo íntimo y constante. A fines de agosto, mucho antes de lo que deseábamos, volvimos al norte y ultimamos nuestro trabajo.

1. Evans fue cedido por el Gobierno Federal.

Por razones que no formarán parte de este volumen, el artículo no fue publicado. A finales de año, sin embargo, nos lo devolvieron, y en la primavera de 1938 llegamos a un acuerdo con un editor de Nueva York para publicar una extensión del mismo material en forma de libro. Al cabo de otro año y medio, por razones que a su vez recibirán atención posterior, el manuscrito concluido fue rechazado o retirado. En la primavera de 1940 fue aceptado por quienes ahora lo publican con la condición de eliminar ciertas palabras que son ilegales en Massachusetts.

Los autores encontraron posible hacer esta concesión y, como más bien incrementaba un engaño, permitir la prioridad del título inmediato sobre el genérico.

Este volumen está concebido con dos intenciones: como el principio de un trabajo más amplio; y como una obra completa, independiente de cualquier otra que pueda hacerse más adelante.

El título de este volumen es *Elogiemos ahora a hombres famosos*. El título de la obra en su totalidad, incluyendo este volumen, es *Tres familias de arrendatarios*.

El tema nominal es el de los arrendatarios del algodón en Norteamérica, examinados a través de la vida cotidiana de tres familias representativas de arrendatarios blancos.

En realidad, el esfuerzo estriba en reconocer la estatura de una porción de existencia inimaginada y en aportar técnicas apropiadas para su informe, comunicación, análisis y defensa. Más esencialmente, se trata de una investigación independiente de ciertas dificultades normales de la divinidad humana.

Los instrumentos inmediatos son dos: la cámara fija y la palabra impresa. El instrumento predominante —que es asimismo uno de los centros del tema— es la conciencia humana individual y antiautoritaria.

En última instancia se pretende que este informe y este análisis sean exhaustivos, sin omitir ningún detalle, por trivial que

pueda parecer, sin evitar ninguna pertinencia que la memoria sea capaz de retener, la inteligencia de percibir y el espíritu de sondear.

De esta última intención, el presente volumen es un mero portento y fragmento, experimento y prólogo disonante. Dado que la pretensión es que sea, entre otras cosas, una estafa, un insulto y un correctivo, el lector hará bien en recordar continuamente el tema nominal y su esperanza de un tratamiento adecuado. Porque tal es el tema abordado por los autores, del principio al fin. Si surgen complicaciones, es porque intentan abordarlo no como periodistas, sociólogos, políticos, animadores, filántropos, sacerdotes o artistas, sino seriamente.

Las fotografías no son ilustrativas. Ellas y el texto son iguales entre sí, mutuamente independientes y colaboradores totales. Por su escasez, y por la impotencia de los ojos del lector, esto será mal entendido por la mayor parte de esa minoría que no lo ignora completamente. En interés, sin embargo, de la historia y del futuro de la fotografía, este riesgo se antoja impropio, y esta escueta mención, necesaria.

El texto se escribió pensando en la lectura en voz alta. Esto no puede recomendarse; pero se sugiere al lector que atienda con el oído a lo que saca de la página, porque las variaciones de tono, ritmo, forma y dinámica son aquí especialmente inasequibles a la vista por sí sola, y con su pérdida se escapa gran parte del significado.

Se pretendió, asimismo, que el texto fuera leído de manera continua, como se escucha música o se ve una película, con breves pausas sólo cuando son manifiestas.

Sobre cualquier intento por parte de los editores, u otros, de disfrazar o, de cualquier otro modo, favorecer este volumen, los autores deben expresar su disgusto, su intensa desaprobación y, como observadores que esperan nuevas contribuciones a su tema, su complacencia.

Éste es un *libro* sólo por necesidad. Más seriamente, es un esfuerzo en la actualidad humana, en la cual el lector no está menos centralmente implicado que los autores y que aquellos sobre quienes hablan. Los que deseen participar activamente en el tema, en cualquier grado de comprensión, amistad u hostilidad, son invitados a dirigirse a los autores a través de los editores. En el material empleado, tanto privada como públicamente, se omitirán los nombres de quienes así lo soliciten.